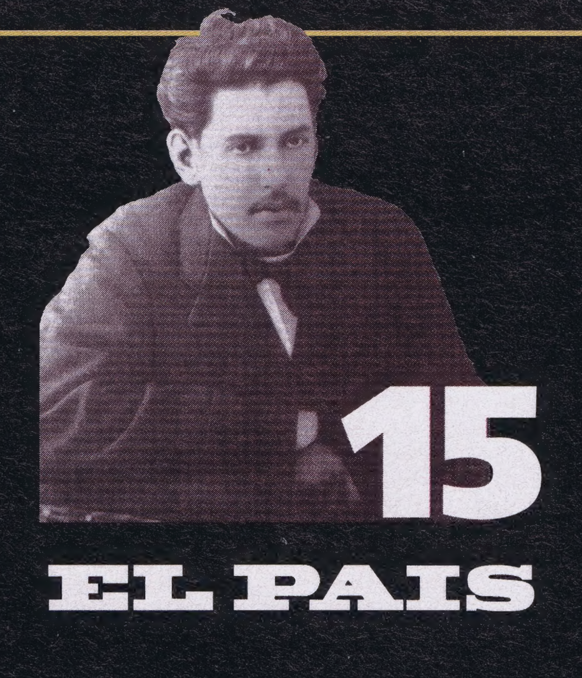


15

EL PAIS

HISTORIA del URUGUAY en IMÁGENES

LA IDEOLOGIA DE BATLLE

Realizaciones del Gobierno
Guerra Civil de 1904
La sucesión presidencial
Perfil de un polítco

La ideología de Batlle

Cuando Batlle ascendió a la presidencia en 1903 estaba lejos de ser el político renovador que llegaría a ser más adelante. No era ningún adolescente, tenía 47 años, una sólida personalidad y ejercía cotidianamente el periodismo en su diario «El Día», que fue fundamental para su carrera política. Pero, en principio, aparecía como un presidente colorado más, y la temática social no se vislumbraba todavía como un punto central en su prédica.

De las ideas que decididamente sostenía, señalaremos especialmente dos: la idea de «gobierno de partido» y la organización democrática interna del Partido Colorado. Aparte, claro está, de su marcado anticlericalismo, que no derivaba de que fuese ateo –como alguna gente cree y dice– sino de su posición espiritualista, deísta, pero contraria a las religiones positivas y particularmente a la católica, cuya influencia consideraba retrógrada y nefasta. No debe olvidarse que hasta 1919 el Estado uruguayo estuvo unido a la Iglesia y que su religión oficial era la católica. Más allá de escribir dios con minúscula, las cosas que llegó a decir más adelante en «El Día» sobre el Papa, los curas, las monjas y el culto católico, llegaron a extremos no superados ni siquiera en España durante la Guerra Civil. Es curioso que Batlle, por lo general tan ponderado y equilibrado, aunque no exento de pasión en otros temas, era en ese punto el único en donde realmente perdía los estribos.

Es posible que, a este respecto, haya incidido mucho la durísima crítica que la prensa y la opinión católicas hicieron de la vida personal de Batlle y su familia, hiriendo fibras muy sensibles de su personalidad. Cuando tenía aproximadamente treinta años Batlle había trabado una intensa relación sentimental con Matilde Pacheco, hija de Don Manuel Pacheco y Obes, héroe de la defensa de Montevideo. Matilde estaba casada con un primo de Don Pepe, que la abandonó con cinco hijos. Batlle la amparó, se enamoró de ella y como no existía el divorcio, formó hogar con ella y sus hijos. Como se comprenderá esta actitud frontal, típica de su carácter, causó un gran impacto en la rígida sociedad montevideana de la época.



Foto de Batlle y Ordóñez con la banda presidencial al asumir por primera vez la principal magistratura del país.

La idea de «gobierno de partido» era exactamente opuesta a la idea de coparticipación que había ido surgiendo a través de las revoluciones blancas y de acuerdos tales como la Paz de Abril de 1872 o el Pacto de La Cruz de 1897.

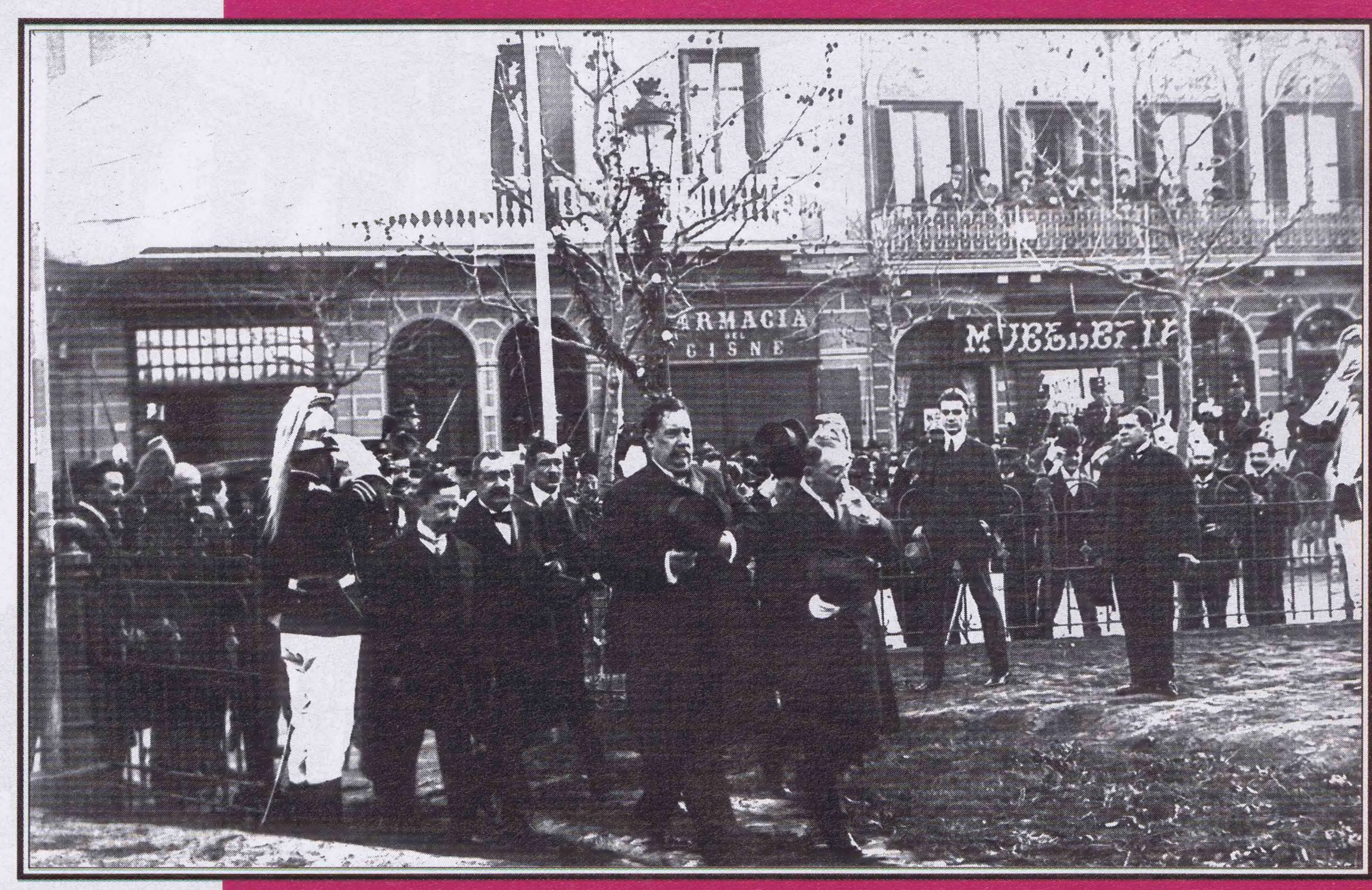
Batlle entendía que el partido que ganaba la presidencia debía tener el control de todo el territorio nacional, incluso de los departamentos atribuidos al partido adversario. En realidad la idea de «gobierno de partido» también tenía antecedentes en nuestra historia y se remontaba a los tiempos de Venancio Flores o del General Lorenzo Batlle, que gobernó «con la bandera colorada al tope». Batlle entendía que los pactos realizados eran inconstitucionales –y, en efecto, esos puntos nunca se habían redactado en documentos sino que se habían acordado verbalmente ante testigos– y por lo tanto la participación de la oposición debía reducirse al ámbito parlamentario.

Lo referente a la organización interna del Partido Colorado preocupó a Batlle desde muy temprano. Nuestros bandos tradicionales carecían casi siempre de autoridades formales, estatutos, programas de principios y vida interna democrática. Las decisiones se tomaban por consenso entre los grandes dirigentes de cada colectividad y por eso eran frecuentes las escisiones.

Batlle entendía que la célula de la organización partidaria debía estar en el club seccional, en donde los vecinos de una determinada parte del territorio, arrendasen un local y mantuviesen en él reuniones regulares, eligiesen sus propias autoridades y discutiesen a grandes rasgos la estrategia partidaria y los proyectos a proponer en el parlamento.

Efectivamente ya en la última década del siglo pasado, tanto en Montevideo como en la campaña, existían clubes seccionales tanto blancos como colorados, aunque el énfasis que Batlle puso en el tema hizo de él un asunto central.

Para Batlle la autoridad máxima del partido debía ser la Convención, en donde se reuniesen los delegados de todos los clubes del país, eligiesen sus autoridades, su programa y designasen también los candidatos que el partido debía presentar en cada acto electoral.



Las realizaciones del Gobierno

Es frecuente decir y repetir que la primera presidencia de Batlle (1903–1907) prácticamente se agotó en el enorme esfuerzo que el gobierno debió hacer para vencer a la revolución blanca. En realidad eso no fue así porque si se observa bien, muchas de las ideas y proyectos que luego iban a tener mayor desarrollo durante la segunda presidencia de Batlle (1911–1915) y en la prédica general del batllismo tuvieron manifestaciones tempranas en aquel período de gobierno. Por ejemplo, algo muy importante como el énfasis en lo social que puso el batllismo, quedó en evidencia ya en 1905 cuando una manifestación de obreros en huelga pasó frente a la Casa de Gobierno y Batlle, dejando estupefactos a todos, salió al balcón y dirigió un discurso a viva voz a los manifestantes. El respeto al derecho de huelga y la preocupación central por la naciente clase obrera, aparecen claramente prefigurados en aquel discurso que marcaría una impronta en la política presidencial.

Otro tanto puede decirse de la temática educativa. Muchas importantes escuelas aún hoy en funcionamiento se construyeron en esos años y buena parte de los actuales edificios universitarios tuvieron su origen en proyectos de aquella época.

Por supuesto que el enfrentamiento frontal con la Iglesia Católica también tuvo allí jalones fundamentales. En 1907, al presentar el diputado colorado Dr. Carlos Oneto y Viana el primer proyecto de ley de divorcio, la Iglesia recolectó noventa y tres mil firmas de mujeres contrarias a la ley, que era entendida como perjudicial para la mujer. Desde este punto de vista, la mujer divorciada perdía la tutela del esposo que el vínculo matrimonial consagraba y quedaba en una situación de desamparo. Contrariamente a lo que suele decirse, no había un interés personal de Batlle en el proyecto debido a su propia situación familiar, ya que, a esa fecha, Doña Matilde Pacheco era legalmente viuda al haber fallecido ya su primer esposo y nada obstaba para que contrajese –como lo hizo– matrimonio legal con Don Pepe.

Imágenes de tapa

José Batlle y Ordoñez en su juventud. Hijo de un ex presidente (Lorenzo Batlle) tendrá un papel protagónico en la construcción del Uruguay moderno.

El país despierta al nuevo siglo con su realidad social y política convulsionada. Los movimientos de tropas dentro de la ciudad formaban parte de la vida cotidiana de los montevideanos de aquellos años. Aquí se aprecia una formación militar en Plaza Independencia.



▲ *Durante la primer administración de Batlle y Ordoñez se crearon las facultades de Veterinaria, Agronomía, Química, Anatomía y Fisiología, y Comercio además de 10 liceos departamentales. Ceremonia de colocación de la piedra fundamental del edificio de la Facultad de Derecho.*

◀ ***El 18 de Julio de 1906, durante una ceremonia oficial, el Presidente de la República Batlle y Ordoñez, subscribe el acto de colocación de la piedra fundamental del Palacio Legislativo. Este edificio sería inaugurado dos décadas después, el 25 de Agosto de 1925.*** ▶

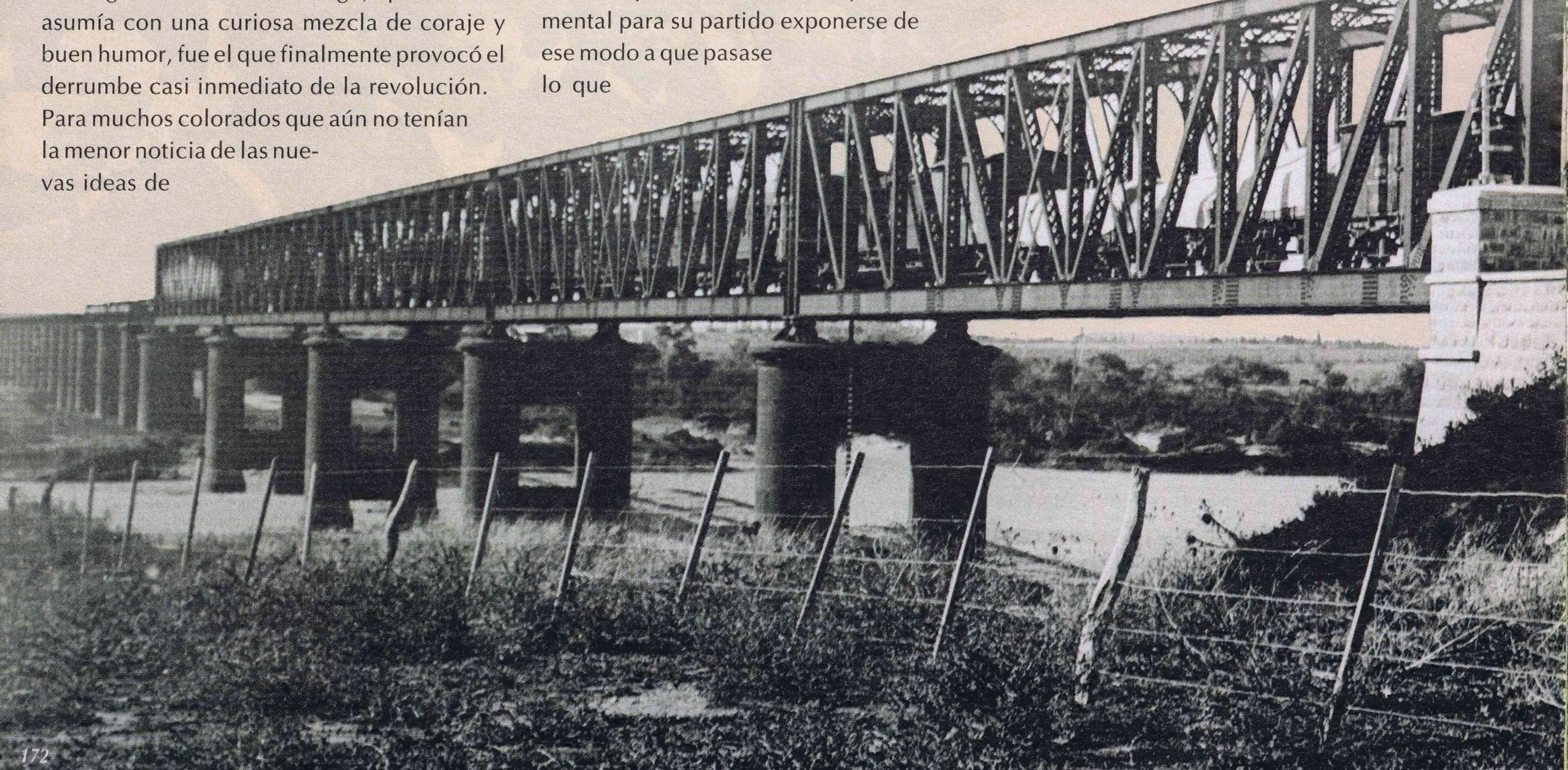
Guerra Civil de 1904

Batallón de Infantería de la Guardia Departamental Nº 4 poco después de su formación.

La Civil de 1904 merece un capítulo aparte, no sólo porque fue la última guerra civil de nuestra historia –si se exceptúa la de 1973 que, aunque distinta, fue también una guerra civil– sino porque a diferencia de las anteriores se llevó a cabo con un armamento completamente moderno, con fusiles, ametralladoras, cañones de amplio alcance y precisión; y utilizando plenamente el ferrocarril, el telégrafo y el teléfono. Esto implicaba que la importancia de la caballería, que hasta entonces había sido decisiva, iba pasando lentamente a un segundo plano. Un pelotón de fusileros o un nido de ametralladoras en lo alto de una cuchilla controlaban totalmente el territorio. Un Remington o un Mauser hacían blanco a más de 1000 metros, lo cual quera decir que la carga de caballería debía recorrer un kilómetro o más antes de poder llegar a la lucha cuerpo a cuerpo. Generalmente, a pesar de que los jinetes se distanciaban entre sí, la mayoría de ellos caía antes de lograr su objetivo. Por otra parte, en un solo día se podían mandar varios batallones de refuerzo a Salto si era necesario, mientras los revolucionarios debían agotar caballadas en largas jornadas para moverse de un punto a otro.

En ese resquicio estaba la habilidad extraordinaria de Saravia para cambiar de rumbo, para fingir retiradas, para ocultarse y para volver a atacar en el momento menos pensado. Pero el «factor de riesgo» _ como se diría ahora _ de la estrategia nacionalista era el hecho de que el comandante en jefe estuviese constantemente al alcance del fuego enemigo. Ese factor de riesgo, que Saravia asumía con una curiosa mezcla de coraje y buen humor, fue el que finalmente provocó el derrumbe casi inmediato de la revolución. Para muchos colorados que aún no tenían la menor noticia de las nuevas ideas de Batlle, Don Pepe era «el que había derrotado a los blancos» y eso era suficiente.

No ha faltado quien sostuviese que Saravia fue muerto desde atrás por un tirador profesional, cosa que es difícil de comprobar aunque no imposible ya que hubo algún proyecto concreto sobre el tema. Pero por más que tuviese fe en su buena estrella, no deja de ser una irresponsabilidad en un jefe tan fundamental para su partido exponerse de ese modo a que pasase lo que pasó; y podría haber pasado en cualquier oportunidad anterior. Saravia –que era un hombre inteligente– debía saber que si él moría la revolución se desmoronaba en cuestión de horas, como sucedió. Y eso era jugar a cara o cruz con la suerte de toda una colectividad.



Batlle
jefe militar

Otro hecho a destacar fue que Batlle fue el único presidente constitucional de toda nuestra historia –salvo los dos primeros, Rivera y Oribe– que ejerció en forma directa y absoluta la Comandancia en Jefe de las Fuerzas Armadas, atribución que nuestras Constituciones le han dado y le siguen dando al Presidente pero que nunca es ejercida en persona.

La guerra de 1904 no la ganó Benavente, Villar, Muniz, Ruprecht ni ninguno de los jefes en actividad en el momento, sino el propio Batlle, quien, desde su escritorio en Montevideo, rodeado de mapas, teléfonos, telégrafo y demás, dirigió todos y cada uno de los movimientos del ejército con un profesionalismo militar y un don natural de mando que le envidiarían muchos militares de carrera. Claro que tenía una información y una capacidad de movimientos y también un armamento que no existían ni en 1870 ni en 1897. Cabría preguntarse si Batlle –tan civil y tan civilizado– tenía alguna clase de formación militar. En ese sentido no debe olvidarse que su padre, el General Lorenzo Batlle, que fue Presidente de la República, había sido uno de los pocos militares de carrera con estudios en España que actuaron en la vida política de nuestro siglo pasado. Es dudoso y uno no se imagina a Don Pepe estudiando textos de táctica y estrategia. Pero la pasión de un hombre apasionado puede ser tremenda y hasta cambiar temporal o definitivamente los rasgos de una personalidad.

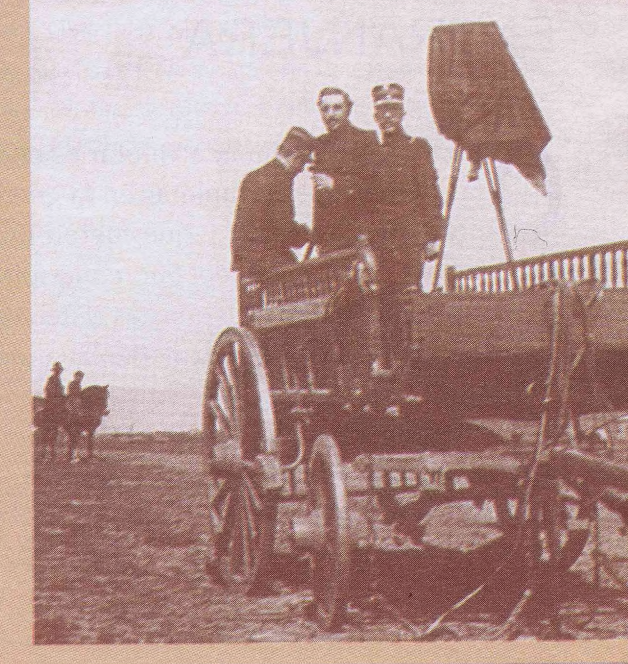


Tras una ardua jornada de persecución de los revolucionarios finalmente el ejercito oficial acampa y el cornete toca «rancho». Hasta 1850, los registros gráficos de las numerosas guerras y revoluciones quedaban en manos de expertos dibujantes. A partir de la Guerra del Paraguay, y acompañando los avances tecnológicos en el campo de la gráfica, hace su aparición un nuevo actor: el fotógrafo. Aquí vemos a un fotógrafo y ayudantes que acompañaban al ejército, con el trípode y máquina prontas para registrar un nuevo hecho.

Y Batlle sabía que en esa guerra le iba la vida.

Un golpe de suerte –la bala de Masoller– le dió la victoria cuando tal vez ni él mismo la esperase tan pronto, porque la suerte de la revolución estaba todavía indecisa. En el Partido Nacional, muerto el caudillo, quedó un gran vacío y la desorganización y las rencillas internas cundieron por doquier. Pero como correspondía, Batlle asumió como propio el triunfo que el destino le brindaba y quedó no sólo como presidente efectivo de todo el territorio nacional sino como jefe absoluto del Partido Colorado.

Con ello dio un giro radical a la evolución del país.





También las "chinas" acompañaban al ejército.



El desarrollo del comercio y el creciente tránsito de mercaderías, obligaron al gobierno de Batlle a contratar empréstitos con destino a mejorar, tanto los caminos de la campaña, así como la red ferroviaria que fue usada para el transporte de tropas.



Pueblerinos posando para el fotógrafo en las puertas de un almacén. Nótese en el pizarrón los precios de época para algunos productos. ▲

La intervención extranjera

Otro tema importante a valorar es el de las influencias extranjeras en la guerra civil, que las hubo y que fueron muy importantes. Río Grande del Sur, con aspiraciones federalistas y autonomistas reiteradamente frustradas, era ampliamente favorable a Saravia. La participación de su hermano Gumersindo durante la década anterior en la revolución riograndense era todavía recordada. Buena parte de las armas revolucionarias provenían del Brasil, de una u otra manera. Y algunos grandes hacendados riograndenses como Joao Francisco –uno de los señores de la frontera– brindaban amparo y armas a los revolucionarios aunque tampoco desdeñasen vender armas al gobierno. La revolución encontraba, pues, en el sur del Brasil, un respaldo y un apoyo con el que siempre podía contar especialmente en materia de armas y de caballos.

Del otro lado del Río Uruguay el panorama era más confuso. El General Roca, presidente de la Argentina en ese momento, parecía inclinarse hacia los revolucionarios y su influencia fue decisiva ya que éstos recibieron mucha ayuda y concretamente embarques de armas de sus allegados. Pero por otra parte el mitrismo, último resabio del unitarismo porteño que venía desde los tiempos de Artigas, se sentía más cerca del gobierno colorado.

Esto nos lleva a estudiar la decisión política trascendental del gobierno de Batlle de solicitar la ayuda de los Estados Unidos. En esa gestión –que puede parecer inverosímil– contó con la intervención activa de Eduardo Acevedo Díaz, el gran novelista y político uruguayo que había colaborado decisivamente en la llegada de Batlle a la Presidencia , lo cual –obviamente– lo había alejado de sus correligionarios.

Pero lo que sucedió luego, cuando el Partido Nacional expulsó a Acevedo Díaz y a su grupo y los motejó de «calepinos» (aludiendo a un sonado affaire hípico de la vecina orilla en donde un caballo tostado había sido «teñido» de blanco para desfigurar su identidad y confundir a los apostadores fue más grave. Es cierto que se venía gestando desde hacía tiempo una cierta rivalidad entre Saravia y Acevedo Díaz. Este último había actuado como secretario del caudillo durante la guerra y, tal vez, muchas de las proclamas y cartas de Aparicio tengan su inequívoco origen en la pluma brillante del escritor. Seguramente que Acevedo Díaz, que conocía bien a los «dotores» del Directorio, tampoco congeniaba demasiado con la inhabilidad de Saravia

Panorámica del ejército revolucionario en 1904.

para comandar el Partido, más allá de ser su indiscutible jefe militar. Tal vez, el escritor haya vislumbrado una conducción mejor dotada y con mayor capacidad política que la de Saravia y su entorno. Pero la violenta reacción del partido contra él –alentada, por supuesto, por quienes no lo querían– le provocó un resentimiento feroz, que fue la causa indudable de que tanto él como sus compañeros aceptasen cargos de Ministros, de Jefes de Policía y la designación del propio Acevedo Díaz como Embajador del gobierno de Batlle en los Estados Unidos.

División del ejército de Saravia vadeando el Río Santa Lucía, horas antes de la batalla de Fray Marcos, con el objetivo de situarse en la retaguardia de la División de Melitón Muñoz para cerrarle la retirada.

Al culminar el mes de enero de 1904, mientras que el comando de las fuerzas oficialistas creían que los insurrectos andaban por la frontera, Saravia acampaba en el Santa Lucía, en el Paso de Fray Marcos, a 10 km de Montevideo. La derrota colorada no sólo fue total, sino que le abría a Saravia las puertas de Montevideo. Abajo se aprecia un cañón y una ametralladora confiscada a las tropas enemigas luego de finalizada la batalla.



Ante la situación regional que describíamos y en momentos en que la suerte final de la revolución podía depender de una acción más comprometida en favor de los revolucionarios no ya de parte del Brasil sino de la Argentina, Batlle decide, por vía diplomática, hacer saber al gobierno norteamericano que el Uruguay vería con buenos ojos la presencia de barcos de guerra de ese país en el estuario del Plata con el propósito de garantizar la neutralidad de sus vecinos.

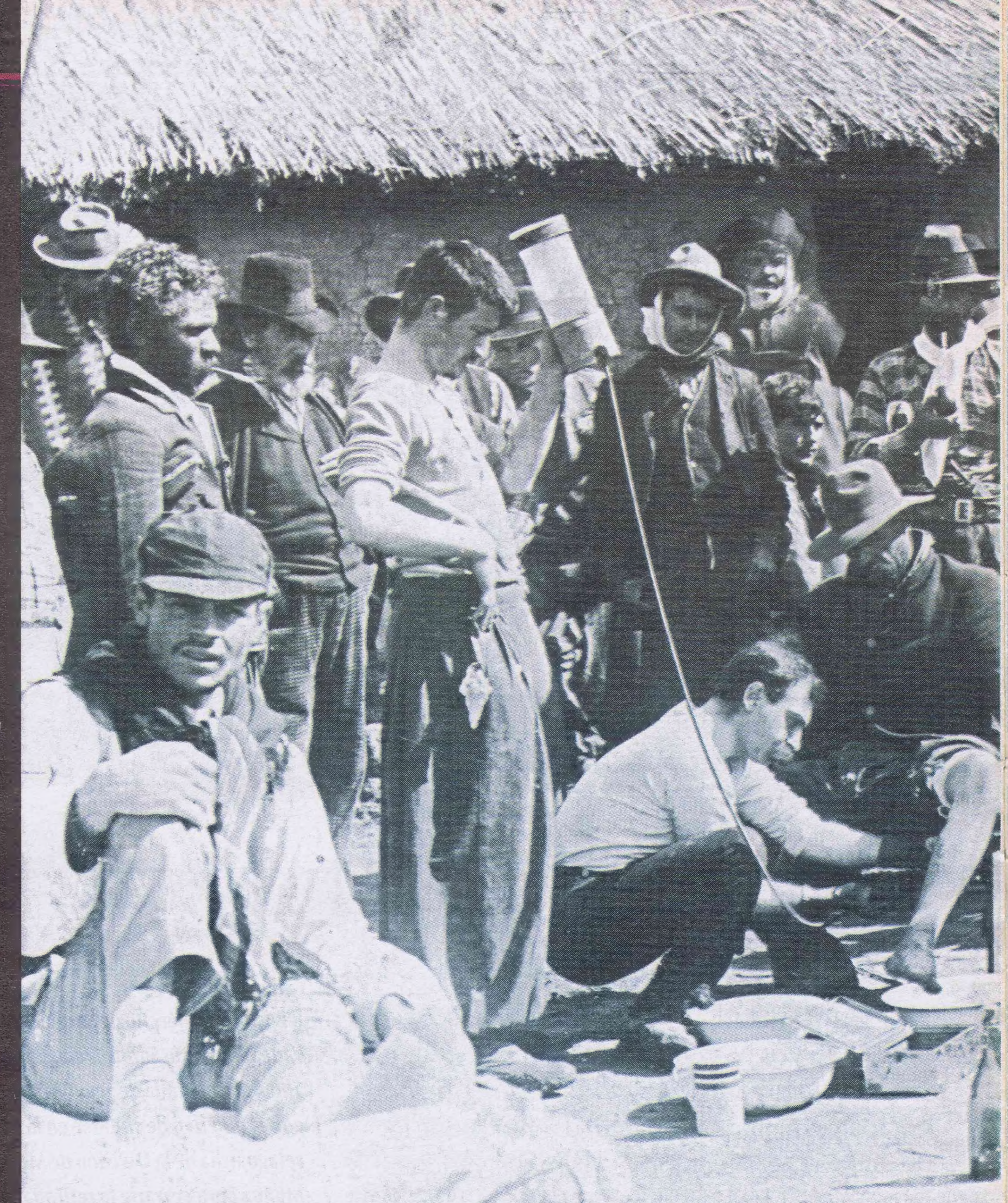
La respuesta de los Estados Unidos, cuyo presidente era en ese momento nada menos que Teodoro Roosevelt, no se hizo esperar y poco tiempo después la visita «de cortesía» de barcos de guerra norteamericanos a Buenos Aires y a Montevideo se realizó efectivamente, aunque ya la bala de Masoller había puesto inesperado y abrupto fin a la revolución.



Comandante B. García, 2º Jefe de la Tercera División de Saravia, con los ayudantes Ferreyra, Piñeyro, Rospide y Brindisi. 14 de Marzo de 1904.



Sanidad del Ejército Militar de regreso de Melo, cuando pasaban por Pando el 2 de Mayo de 1904. Horacio García Lagos, el Presbítero Isasa, Brito Foresti, Arrizabalaga y Federico Capurro.



Los Drs. Baldomero Cuenca y Lamas, secundados por el Dr. Fontiela practican una intervención quirúrgica más, en un improvisado hospital en Río Grande. Detrás del herido, con la cara vendada aparece el Dr. Cándido Monegal, evidenciando un significativo dolor de muelas. En numerosas ocasiones los heridos debían ser dejados atrás por los revolucionarios.

Perfil de un político

Es decir, entonces, que si bien la guerra civil de 1904 insumió buena parte de las preocupaciones –y de los recursos– del estado uruguayo en la primera presidencia de Batlle, ese hecho no impidió que empezasen a perfilarse allí algunos otros rasgos que luego fueron sustantivos en el batllismo, aunque en esa época no había empezado a usarse todavía el término. La sensibilidad frente a la «cuestión obrera», la preocupación por la educación en todos sus niveles, por la salud y las obras públicas también comenzaron en esa época.

En ese sentido, debe señalarse la construcción de las primeras carreteras y puentes para mejorar la red vial del país y liberarse de la tiranía del ferrocarril inglés, el cual se iba a ver grandemente influido por esta competencia. Con todo, se duplicaron vías de comunicación ya existentes sin pensar en desarrollar otras que permitieran dar salida a la producción de zonas muy vastas del país al mercado mundial.

De todas maneras, al finalizar su primera presidencia Batlle, con cincuenta y un años, aparecía como la figura central de la vida política del país. Y nadie pensaba que con la finalización de ese mandato terminaría la vida política de este hombre rebosante de serena vitalidad. El problema era –como lo ha sido muchas veces en nuestra historia– el de la sucesión.

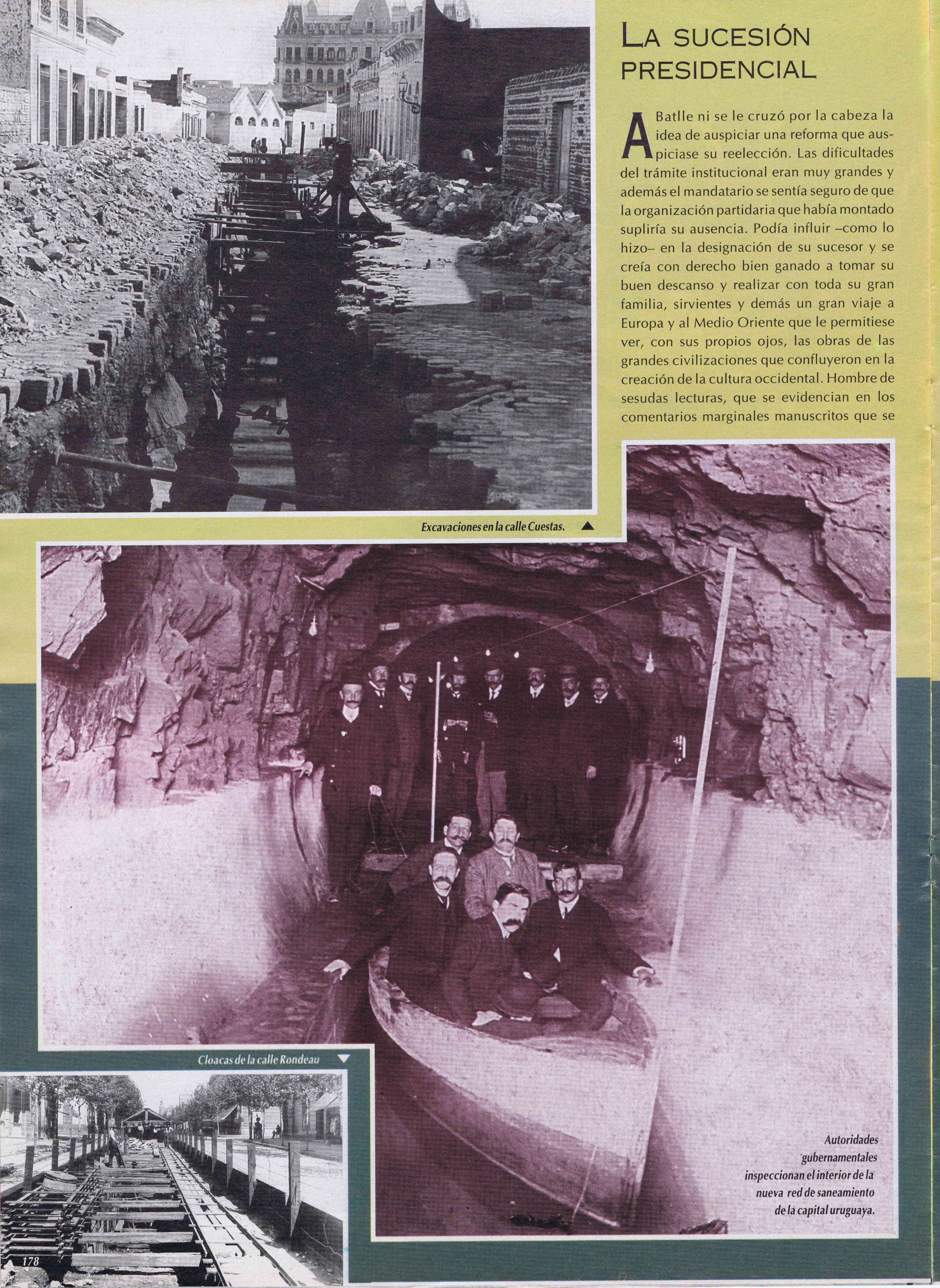
▲ *Una curación durante la revolución de 1904. Los miembros de la sanidad militar, además de jugar un rol relevante durante la revolución, tenían un contacto cotidiano con el dolor de la guerra.*

Comisión de señoras y señoritas para el funeral pro Saravia, en la Iglesia Parroquial de la Aguada. Fotografía de 1905. ▼



La sucesión presidencial

A Batlle ni se le cruzó por la cabeza la idea de auspiciar una reforma que auspiciase su reelección. Las dificultades del trámite institucional eran muy grandes y además el mandatario se sentía seguro de que la organización partidaria que había montado supliría su ausencia. Podía influir –como lo hizo– en la designación de su sucesor y se creía con derecho bien ganado a tomar su buen descanso y realizar con toda su gran familia, sirvientes y demás un gran viaje a Europa y al Medio Oriente que le permitiese ver, con sus propios ojos, las obras de las grandes civilizaciones que confluyeron en la creación de la cultura occidental. Hombre de sesudas lecturas, que se evidencian en los comentarios marginales manuscritos que se



Excavaciones en la calle Cuestas.

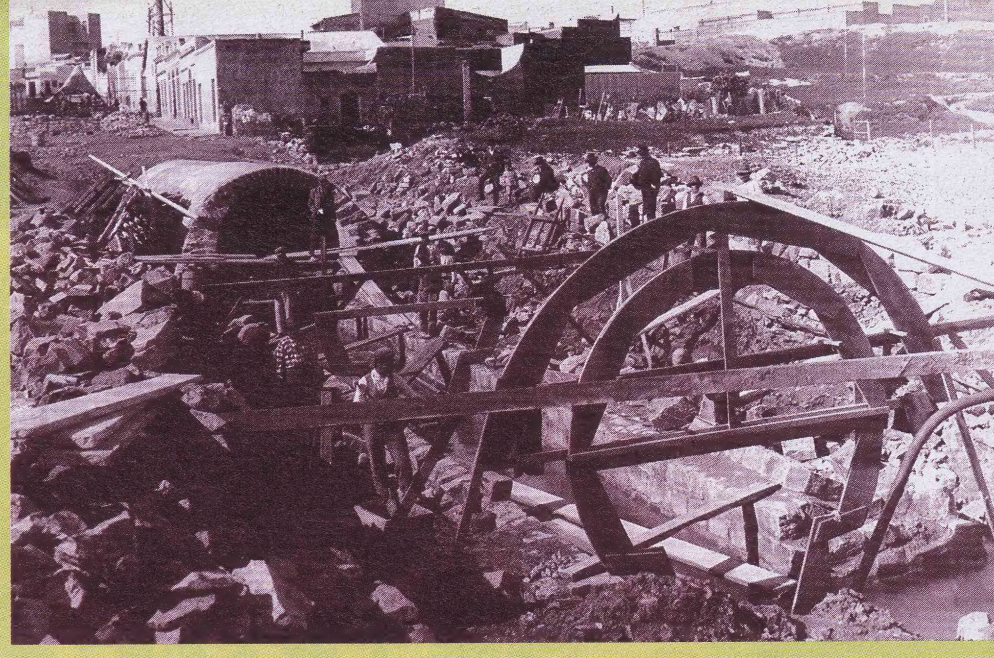
Cloacas de la calle Rondeau

Autoridades gubernamentales inspeccionan el interior de la nueva red de saneamiento de la capital uruguaya.

pueden observar en los libros de su biblioteca, pensaba también leer, estudiar, asistir a conferencias y a espectáculos. La empresa de «El Día» estaban sólidamente afirmada y funcionaba bien, bajo una correcta administración. También allí había un nutrido equipo de colaboradores que podía funcionar adecuadamente con su lejana pero implacable supervisión.

En lo personal había tenido cuatro hijos: César, Lorenzo, Rafael y Ana Amalia, y Doña Matilde había resultado una excelente compañera, tanto en el hogar como en las tribulaciones de sus luchas. Había comprado su quinta en Piedras Blancas, con una construcción ya existente pero que modificó mucho. Sobre todas estas reformas que hizo en su quinta conversó ampliamente con su amigo íntimo el Doctor Domingo Arena. La familia llegó a vivir en Piedras Blancas antes de viajar a Europa, pero durante los cuatro años de su ausencia Batlle siguió la marcha de esas transformaciones minuciosamente, en una nutrida correspondencia con Arena. Hoy, casi un siglo después, en un Montevideo cuyos aledaños se derraman por zonas antes rurales y en un entorno tremendo, con un gigantesco cantegril a su lado, la vieja quinta se mantiene incólume y en poco tiempo podrá volver a ser visitada por los montevideanos.

Además de la extensión de las redes ferroviarias y camineras del interior del país, otra obra pública de envergadura realizada durante la primera administración de Batlle fue la del saneamiento de la ciudad de Montevideo. Numerosas zonas de la capital (ver fotos) se vieron convulsionadas por esta obra de gran magnitud.



▲ *Zona Sur de Montevideo*

Los restos de la oposición interna dentro del Partido Colorado se estaban disolviendo a pesar de que pronto surgirían otras disidencias. Mientras el Partido Nacional, vencido, agonizaba sin jefes y sin programa. Las ideas de izquierda reunían sus primeros adeptos que luego fructificarían en la creación de nuevos partidos. Incluso el gobierno uruguayo se daba el lujo de recibir –y hasta de mandar buscar a Río de Janeiro– a los agitadores sociales expulsados de la Argentina por la Ley de Indeseables. Muchos de aquellos anarquistas y socialistas terminaron siendo batllistas.

El catolicismo y la Iglesia venían perdiendo, una a una, todas las batallas. Con la implantación de la reforma vareliana, del matrimonio civil obligatorio y la aprobación de la primera ley de divorcio, perdían su influencia, confinados en sus propios reductos y sin apoyo oficial.

Con las cosas así, en ese estado, con un país que recién llegaba al millón de habitantes y un departamento de Montevideo que arañaba las 300.000 almas, con una corriente migratoria que le había puesto un segundo piso al viejo Uruguay criollo, las cosas estaban bien.

Valía, pues, la pena irse a Europa.

Hasta finales del siglo XIX el puerto de Montevideo contaba solo con un muelle de madera donde podían amarrar pequeñas embarcaciones. En 1901–durante el gobierno de Cuestas– se firman los contratos para las obras de remodelación del puerto. Dichas obras se concretaron durante las presidencias de Cuestas y Batlle. Los nuevos muelles serían finalmente inaugurados el 25 de Agosto de 1909 durante la administración de Williman.



Luego de finalizada la guerra civil de 1904, el país inicia un proceso inexorable que lo conduciría a la definitiva modernización.
En banquete ofrecido por Batlle y Ordoñez al Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, y la exposición anual de Bellas Artes, son dos eventos realizados en 1906 luego de alcanzada la pacificación.